



La teoría social y la renovación de las preguntas sociológicas

Danilo Martuccelli

Universidad de Lille 3 – CeRIES
Email: dmartuccelli@nordnet.fr

Papeles del CEIC
ISSN: 1695-6494



Volumen 2009/2
51
septiembre 2009

Resumen

La teoría social y la renovación de las preguntas sociológicas

El artículo apunta a mostrar el interés que la teoría social tiene para la práctica sociológica. A través de una mirada crítica sobre lo que ha sido el problema cardinal de la sociología —el orden social—, se trata de mostrar la promesa que encierra una perspectiva que ponga en el origen del trabajo sociológico el carácter inaprensible de la acción. Es en el desarrollo teórico de algunas de las implicaciones de esta conceptualización así como en si es posible renovar desde ella el análisis de ciertos problemas (tanto de la acción como de las posiciones sociales) que se centra el artículo.

Abstract

Social theory and the renewal of sociological questions

The paper aims to show the interest of social theory for sociological practice. Through a critical look at what has been the cardinal problem of sociology —the social order—, we will try to show the promise of a perspective that puts the origin of sociological work in the irrepressible nature of action. The article develops the theoretical consequences of some of the implications of this conceptualization and how it makes possible to renew the analysis of certain sociological problems (those of action and social positions).

Palabras clave

Orden social, intermundo, texturas, coerciones, acción, estados sociales

Key words

Social order, interworld, textures, coercions, action, social estates

Índice

1) La teoría sociológica y el problema del orden social.....	2
2) Un nuevo interrogante fundamental: el carácter inaprensible de la acción	6
3) El intermundo y las texturas sociales	9
4) El intermundo y las coerciones sociales	13
5) Acción social e intermundo.....	17
6) El choque con la realidad	21
7) Complejizar las topografías sociales.....	23
8) Bibliografía	29





El presente artículo apunta a mostrar el interés que la teoría social tiene para la práctica sociológica¹. Para ello, desarrollaremos un razonamiento en diferentes etapas. Una vez recordado rápidamente el cómo y el porqué del problema fundacional del orden social, propondremos una alternativa a este interrogante alrededor de lo que llamaremos el intermundo (puntos 1 y 2). Los párrafos siguientes estarán abocados a presentar algunas de las principales implicaciones de esta conceptualización (puntos 3 y 5), antes de concluir indicando las maneras cómo, desde esta perspectiva teórica, es posible renovar el análisis de ciertos problemas sociales (puntos 6 y 7). Una manera de reafirmar la vigencia intelectual y política de la teoría social.

1) LA TEORÍA SOCIOLÓGICA Y EL PROBLEMA DEL ORDEN SOCIAL

La teoría social —o la teoría sociológica— produce por lo general dos grandes reacciones. La primera supone que se trata de una actividad fundamental, sin lugar a dudas la más “importante” intelectualmente, aquella que se encuentra en la “cúspide” del saber. La segunda, exactamente opuesta, supone en el fondo que la teoría social es una actividad inútil, que se limita al comentario de ciertos conceptos ociosos o bizantinos por lo general desprovistos de toda aplicación empírica, o a la glosa, por pequeños autores, de grandes autores.

En el presente artículo desarrollaremos una proposición de teoría social que se establece a distancia de estas dos reacciones (Martuccelli, 2005). En efecto, la teoría social es una herramienta de trabajo que tiene dos funciones fundamentales. La primera es que debe ayudarnos a confrontar los grandes problemas sociales de un período, y en este sentido, por supuesto, toda teoría social es históricamente si-

¹ El autor agradece a los evaluadores anónimos de este artículo por las sugerencias críticas que aportaron al mismo y a Gabriel Gatti por su trabajo de edición.





tuada. Y en segundo lugar, y porque toda teoría es una manera de mirar el mundo, tiene que ser una fábrica de producción de preguntas y de problemas (y en el fondo, y puesto que la teoría es una herramienta, mientras más enigmas genere más rica es una propuesta). *La buena teoría social es pues aquella que permite enfrentar los desafíos históricos de un momento social, al mismo tiempo que produce una serie de nuevos problemas intelectuales.* Entonces ¿cuáles son los desafíos intelectuales de nuestra época? ¿Cómo generar nuevas preguntas teóricas?

En lo que sigue desarrollaremos progresivamente un argumento en varias etapas, pero en primer lugar, nos parece indispensable comenzar poniendo en cuestión la pregunta que, en último análisis, federa lo esencial de los esfuerzos de la teoría social desde el nacimiento de las ciencias sociales —a saber, la pregunta por el orden social—. O si se prefiere, el problema de Hobbes, como lo llamó Talcott Parsons (1949) ¿Cómo se mantiene unida una sociedad?, ¿por qué existe el orden y no, más bien, el caos? Es, sin lugar a dudas, la pregunta fundamental de la sociología (en la cual, dicho sea de paso, es posible ver el rastro de la inquietud filosófica moderna bien resumida por Leibniz ¿por qué existe el ser y no, más bien, la nada?) ¿Por qué el orden y no el caos o el desorden? Es este interrogante, el que de una u otra manera se encuentra en la raíz de la mayoría de las grandes visiones teóricas de la sociología.

Por supuesto, frente a un interrogante de este tipo existe una gran variedad de respuestas, sin embargo hay algo que es común a todos los sociólogos que se han abocado a esta cuestión. En efecto, para comprender por qué se mantiene unida la vida social algunos factores han sido recursivamente movilizados a lo largo de la historia. En primer lugar, el orden social sería la consecuencia de la existencia de un conjunto de orientaciones culturales comunes. En segundo lugar, tanto o más importante, el orden social sería el resultado de un sistema duradero de coerciones sociales (un “sistema de fuerzas”), que interpenetra a las diferentes acciones entre sí. Lo que mantiene unida a la sociedad es pues siempre un conjunto estructurado



de fuerzas. A veces estas fuerzas actúan mecánicamente desde el exterior; otras veces se las hace pasar por las intenciones de los actores. Pero el razonamiento en el fondo es similar: la sociedad se mantiene unida —el orden social se reproduce— porque existe un sistema coercitivo de fuerzas (Bourdieu, 1997).

Recordar este punto es importante porque, progresivamente, en las últimas décadas, un número creciente de trabajos han subrayado un conjunto de impases en esta representación del orden social. El primero es que la metáfora de un sistema de fuerzas conteniendo y condicionando la vida social encierra excesos figurativos notorios. Cuando se hace la analogía con los sistemas físicos o químicos, pensemos en el ejemplo del campo magnético, las “fuerzas” que ahí se movilizan conceptualmente, son fuerzas que pueden ser medidas, y sobre todo, que tienen efectos visibles. Obviamente, estas “fuerzas” movilizan también muchos elementos metafóricos, pero no es menos cierto que su presencia impone límites desde los cuales puede, justamente, inferirse su acción y su realidad. Por el contrario, las “fuerzas” de los sociólogos son expresiones no solamente metafóricas sino incluso metafísicas —en el fondo, y bien vistas las cosas, las “fuerzas” sociales son por lo general más supuestas que medidas—. Las “fuerzas sociales” son una hipóstasis del pensamiento, una especulación, cuyo correlato de realidad es muchas veces problemático.

Piénsese, por ejemplo, en la noción de configuración de Norbert Elias (1991), para quien toda acción está profundamente determinada por lo que hace otro actor: una interdependencia que Elias asoció figurativamente a las piezas de una partida de ajedrez o concibiendo la vida social como una red de nudos, en la que, cuando uno tira la red todos los nudos se mueven en la misma dirección. Es, ¿cómo no reconocerlo? una linda imagen, salvo que en la vida social no hay “mallas”, no hay “nudos” y que el desplazamiento no posee nunca la homogeneidad que esta metáfora supone. En efecto, ¿cómo no reconocer que muchas veces en la vida social lo que hace un actor no está condicionado, sino de manera muy lábil o indirecta, por lo que hace otro? El malentendido o los desacuerdos son elementos fundamentales de





la vida social. Sin embargo, en la visión de Elias, bajo la fuerte impronta del problema del orden social, no hay espacio para reconocer esta realidad de base, que es en verdad, como veremos, el carácter ontológico particular de la realidad social.

El problema es tan importante que el sistema de fuerzas que supuestamente garantiza el mantenimiento del orden social, posee en verdad un sinnúmero de contra-ejemplos. Por supuesto, este punto está lejos de ser una novedad. En el universo del trabajo, por ejemplo, la sociología empírica constató rápidamente la distancia entre el trabajo prescrito y el trabajo real. En el ámbito de la socialización se descubrió rápidamente que había un gran número de desviados normativos. En verdad, era evidente que en todos los conjuntos sociales había “anomalías” más o menos importantes. *La contradicción entre lo que postulaba el modelo teórico y lo que se observaba empíricamente fue una ecuación permanente de la teoría social durante decenios. El orden social fue postulado como una exigencia intelectual, mientras que la sociología no cesaba de constatar un sinnúmero de contra-ejemplos. Sin embargo, todas estas constataciones no lograron nunca destruir el primado teórico de este interrogante.*

Lo anterior nos retrotrae así al origen de esta pregunta ¿Por qué los sociólogos se interesaron por el problema del orden social? La respuesta es indudable: por razones históricas. La sociología nace como disciplina al final del siglo XIX y comienzos del siglo XX, en medio de una fase de modernización, rápida y profunda, que desestructura globalmente muchas sociedades europeas, engendrando un malestar inédito asociado a la migración del campo a la ciudad, a la consolidación de una nueva forma de relación capital-trabajo, al declive de ciertas formas de autoridad y al advenimiento de demandas democráticas horizontales, al proceso de secularización... Frente a estos cambios, la pregunta que obnubila a las sociedades europeas al final del siglo XIX, y a la cual se abocan los científicos sociales, no es otra entonces que la de saber cómo producir el orden social en medio de la experiencia de la modernidad (Martuccelli, 1999). Sin embargo, esta pregunta, que en el origen





fue una inquietud moral e histórica, se transformó en una pregunta epistemológica, y con el tiempo, en el interrogante fundamental de la teoría social.

En resumen, puesto que es legítimo cuestionar el carácter primigenio del problema del orden social y puesto que su resolución ha dado lugar a un sinnúmero de aporías, es lícito pensar que es posible colocar en el vértice de la teoría social otra pregunta fundacional ¿Cuál?

2) UN NUEVO INTERROGANTE FUNDAMENTAL: EL CARÁCTER INAPRENSIBLE DE LA ACCIÓN

¿Qué es lo más sorprendente en la vida social?, ¿cuál es la sorpresa fundamental del sociólogo? En lo que sigue, y desde la óptica de una pregunta fundamental estableceremos la hipótesis de que lo más asombroso es el hecho de que cualquiera que sea el sistema de condicionamientos, prácticos y simbólicos, al cual esté sometido un actor (individual o colectivo), éste siempre puede actuar, y sobre todo, actuar de otra manera. Esta realidad primera explicita, mejor que el interrogante del orden social, la característica ontológica fundamental y específica de la vida social. Para decirlo de manera condensada: la realidad social define un nivel de realidad con características fundamentales, diferentes de otros niveles de realidad, como lo son el nivel físico-químico, el nivel biológico o el nivel psicológico.

Pero supongamos que se acepta en un primer momento este punto de partida. El problema inmediatamente es el de saber cómo puede por un lado producirse teoría social desde esta consideración y por el otro qué tipo de problemáticas empíricas alimenta este interrogante.

Estos dos aspectos son aún más importantes a partir de que cuando este aspecto ha sido reconocido, al menos parcialmente, lo ha sido, por lo general, a través de la temática de la “libertad” del actor. El origen de esta capacidad inaprensible de actuar de otra manera en toda situación se deposita así en las capacidades del indi-



viduo, su creatividad, su reflexividad, su voluntad, sus competencias estratégicas cognitivas (Sartre, 1943; Touraine, 1973; Castoriadis, 1974; Joas, 1999). Esta solución no es en el fondo más estimulante que la que postula la existencia de un sistema de fuerzas (en verdad, las dos soluciones no son sino las dos caras de una misma moneda). Puesto que se supone que el orden social se mantiene por el concurso de estructuras fuertemente coercitivas, el cambio sólo puede depositarse en la libertad del actor. En el fondo, y muchas veces sin saberlo, la sociología se reencuentra con una de las antinomias kantianas —oponiendo la necesidad del mundo y la libertad del sujeto—.

Esto es, si el problema fundamental es el hecho que los actores siempre pueden actuar, y actuar de otra manera, esta realidad de base no debe ser explorada desde la libertad de los sujetos. Lo que es esencial es comprender cuáles son las características ontológicas que posee la vida social para que normalmente se pueda siempre actuar y actuar de otra manera. Más simple: la respuesta a esta realidad de base no debe buscarse a nivel del actor sino en la consistencia específica de la vida social. Y es esta consistencia lo que debe ser el objeto fundamental de la teoría sociológica. En todo caso, si se descarta la vía de la libertad, la respuesta sólo puede buscarse a nivel de la vida social misma: ¿cuáles son las características *sui generis* que posee la vida social que hacen que siempre sea posible actuar —y actuar de otra manera—?

A fin de aislar analíticamente este orden de realidad y este tipo de interrogante, hemos propuesto denominar al ámbito social que existe entre los actores y los sistemas el intermundo (Martuccelli, 2005). Este término, que es una palabra que ha tenido varias acepciones en la teoría social, lo emplearemos para subrayar que lo esencial es dar cuenta de la “materialidad” de la vida social. El tema central es pues menos la producción y la reproducción recursiva de la vida social (el vínculo entre el actor y el sistema o los agentes y la estructura) (Parsons, 1951; Giddens, 1987), que





desarrollar una interpretación sociológica desde los rasgos ontológicos de la vida social.

Pero ¿cómo caracterizar estos rasgos? Induciendo un conjunto de consideraciones ontológicas desde la acción. En este sentido, lo que debe llamar nuestra atención no es, como lo propone el realismo crítico (Bhaskar, 1978; Archer et al., 1998), “qué es” la vida social, sino comprender “cómo operan nuestras acciones en el intermundo”. Este desplazamiento del interrogante teórico implica inmediatamente un cambio metafórico en la manera de concebir la relación con la acción. Dos metáforas restituyen, creemos, esta experiencia: una maleabilidad resistente y una elasticidad de un tipo particular.

Tomemos en serio la metáfora del elástico. Piénsese en un elástico entre los dedos. Inmediatamente aparecen tres posibilidades de acción: (a) en el interior del espacio circunscrito por el elástico hay un área donde se actúa sin encontrar grandes resistencias; (b) en segundo lugar, es fácil imaginar que existen conductas que empiezan a encontrar resistencias, a medida que, desde el interior, nos aproximamos al elástico y probamos con las maneras como éste, oponiéndonos resistencia, se “estira” (en muchas situaciones sociales son observables oposiciones de este tipo); (c) en fin, en tercer lugar, y por supuesto, es aún posible imaginar situaciones en las que el elástico llega a un punto de quiebre, cesa de estirarse —o la resistencia que opone es demasiado grande— y produce lo que a veces se denomina un “retorno de realidad” sobre el actor (más adelante plantearemos desde la problemática del choque con la realidad qué se debe entender con esta afirmación). En todo caso, la vida social puede ser descrita metafóricamente como un ámbito dotado de una maleabilidad resistente permanente en medio de elasticidades variables. Comprender cómo operan las elasticidades, teórica y prácticamente, es el objeto de la sociología.



Esta elasticidad de base y propia de la vida social posee dos grandes elementos: un conjunto de texturas y un conjunto de coerciones. Es el encuentro constante entre ellas lo que define la realidad social. Estos dos elementos son inseparables entre sí, están siempre imbricados el uno con el otro, y es pues solamente a causa de la secuencia expositiva que presentaremos en un primer momento las texturas y después las coerciones. Pero, insistamos, hay texturas en toda coerción social y hay coerciones en todas las texturas.

3) EL INTERMUNDO Y LAS TEXTURAS SOCIALES

El término de textura da rápidamente cuenta de un aspecto central del dominio cultural o simbólico: el hecho de que vivimos en medio de un mundo donde existen una pluralidad de capas culturales, que tienden a almacenarse unas sobre otras. La cultura es un conjunto plural y heterogéneo de texturas —una concepción bien presente en los análisis que de Gramsci a Taylor, pasando por Bajtin o Walzer se han dado de la esfera simbólica—. Esto quiere decir que en toda práctica social, en toda organización, hay un sinnúmero de texturas virtuales que exceden constantemente aquello que es efectivamente actualizado. Las texturas definen pues múltiples dimensiones de las cuales sólo actualizamos un número muy reducido. Las texturas son como un milhojas se significaciones que se almacenan de múltiples maneras. Los modos para describir este almacenamiento son, en sí mismo, objeto legítimo de investigación: algunos optan por un modelo de sedimentación histórica (bajo la forma de una suerte de palimpsesto —por ejemplo las nuevas texturas se imprimen sobre las antiguas sin anularlas del todo—), otros se inclinan por modelos como los del pliegue, y otros, en una lista en absoluto exhaustiva, movilizan analógicamente la noción de hipertexto (cuando se navega por Internet, por ejemplo, sólo se utiliza un número muy limitado de posibilidades, puesto que en todo momento, virtualmente, existe un conjunto de canales —“ventanas”— que podrían ser activadas cambiando el rumbo de la navegación (Ascher, 2000).





Pero poco importa por ahora el modelo de almacenamiento. Lo importante es el cambio operado. Durante mucho tiempo, bajo la impronta de la pregunta del orden social, los sociólogos consideraron que la cultura (las texturas) eran en el paradigma funcionalista un universo normativo coherente y más o menos homogéneo o en el paradigma fenomenológico un mundo de la vida (*lebenswelt*) que definía una reserva de significados comunes a todos los actores. Brevemente, había una adecuación entre una sociedad y una cultura. Y fue porque la cultura tenía esa función que se supuso que era un elemento fundamental en el mantenimiento de la vida social. Por el contrario, cuando se cuestiona el carácter primigenio de la pregunta por el orden social y se coloca en el vértice de la teoría social el interrogante por un intermundo donde siempre es posible actuar de otra manera, el tránsito desde la representación de una cultura única y homogénea hacia un conjunto de texturas disímiles, almacenadas de múltiples maneras, y susceptibles de ser constantemente reactualizadas, se convierte en una dimensión ineliminable de todo análisis sociológico. Presentemos algunos ejemplos.

Pensemos, por ejemplo, en la diversidad de lenguajes a partir de los cuales los actores hablan de ellos mismos en el marco de las sociedades actuales. Las texturas culturales a las cuales pueden recurrir los individuos para dar cuenta de sus vidas personales son numerosas (Martuccelli, 2006; Araujo, 2009). Cada actor individual no inventa estas texturas; éstas están a su disposición y cuando los actores hablan de ellos mismos uno percibe, en acción, este palimpsesto de significados, este milhojas de texturas. Por supuesto, y en este caso específico, algunas de estas texturas tienen la impronta de la tradición psicoanalítica; otras poseen matices sociológicos, como cuando es posible percibir, por ejemplo, la presencia de lógicas clasistas a nivel de la conciencia personal; pero también es posible detectar la presencia de elementos relativos a la muy antigua teoría de los temperamentos, de los humores, la visión del carácter moral, algunos elementos de la astrología, etc. El individuo no crea, repitámoslo, estas texturas, sino que las encuentra a su disposición



en el marco plural de texturas propias de una sociedad. Esto quiere decir, que en un momento dado, la identidad que un individuo se forja no es sino una de las “n” dimensiones posibles que le permiten expresar las texturas culturales propias a su sociedad y tiempo histórico.

Propongamos otro ejemplo. Pensemos en el caso de las organizaciones. Generalmente, en todo caso en el marco de la problemática en torno al orden social, se impone la representación de la existencia de un organigrama que dictaría de manera más o menos estricta las lógicas de acción de los diferentes actores. Desde una representación que parte, por el contrario, del intermundo y su elasticidad inaprensible, lo que es importante subrayar es, a la inversa, el gran número de texturas plurales e iniciativas observables en el seno de toda organización. Estas texturas (y las coerciones que ello entraña) van desde herencias del pasado —toda organización tiene una historia, y ésta impone una inercia al cambio como los institucionalistas, y la noción de *path dependency* nos recuerdan—, hasta un conjunto de influencias exteriores a las que está sometida toda organización (y que hacen que su vida interior esté siempre inundada por texturas diversas y originariamente ajenas). Pero es tal vez el llamado “modelo de la basura” el que mejor ejemplifica este juego (March, Olsen, 1989). A la inversa de lo que supone el sentido común, esta interpretación demuestra que no son necesariamente los problemas del entorno los que orientan una organización hacia la búsqueda de una solución; muchas veces, al contrario, es porque una organización dispone de un entramado de texturas diversas virtuales (llamadas a veces “soluciones”), que los actores se ponen a buscar “problemas”. Reconocer que vivimos en un mundo de texturas múltiples, nos obliga a reconocer que vivimos, de manera ordinaria, en medio de una profunda superposición de capas culturales diversas.

El ejemplo anterior se circunscribe al mundo de las organizaciones, pero un análisis similar puede también efectuarse desde el estudio de la vida cotidiana. Como tantos trabajos de sociología de la conversación y de la etnometodología han



mostrado hace decenios, en toda interacción los actores movilizan un stock de conocimientos que se apoyan sobre un conjunto de implícitos culturales (indexicalidad, elementos *taken for granted*, la cláusula del etcétera). Es decir, en todo intercambio social hay muchos elementos culturales que facilitan la comprensión y que no son explícitamente movilizados en el momento en el cual se produce una conversación. Rasgo fundamental de la vida social que puede empero ser leído en dos direcciones diferentes según nos ubiquemos o no dentro del problema del orden social. Si salimos en efecto de su impronta, es evidente que este ejemplo aboga por la tesis de la existencia de representaciones culturales descontextualizadas (puesto que son susceptibles de ser indexadas en contextos muy diversos), y que por ende, en cada situación, el actor no actualiza sino un número reducido de la totalidad de texturas posibles.

Pero terminemos esta lista con una última ilustración. Lo que se modifica profundamente cuando se reconoce la existencia de un gran número de texturas diversas y opuestas entre sí, es la idea que la cultura pueda ser el cemento entre la sociedad y la personalidad. Y más aún en la medida que, a diferencia de lo que supuso el pensamiento clásico, la cultura es hoy en día una máquina para producir una inflación increíble de expectativas individuales. Esta responsabilidad no deriva cómo algunos han podido afirmarlo del modernismo (Bell, 1982) sino que es una consecuencia más o menos directa de la impronta del mercado sobre la vida social. Es el mercado el que crea un conjunto de expectativas cada vez mayor, engendrando una desadecuación estructural entre nuestras aspiraciones personales y nuestras oportunidades objetivas. Evidentemente, el problema no es nuevo. Es esta desadecuación lo que Durkheim (1995) llamó la anomia —el “mal del infinito”—, o sea el hecho que la gente tenga anhelos individuales que la sociedad es incapaz de satisfacer².

² Recordemos de paso que toda la obra sociológica de Bourdieu (1997) se organiza, en este punto, en estricta filiación durkheimiana, subrayando la estrecha asociación entre las oportunidades objetivas y las expectativas subjetivas, gracias a la mediación del habitus.



Eso que aterraba a Durkheim y a sus contemporáneos se ha convertido en un elemento de base de nuestra realidad. Todos tenemos anhelos que sobrepasan nuestras oportunidades y posibilidades reales de realización. En un contexto de este tipo, las texturas, en su heterogeneidad, no pueden pues ser más concebidas como el cemento de la sociedad. Por el contrario, aparecen como un increíble agente de fisión social —puesto que engendran un sinnúmero de fenómenos de desadecuación entre actores y posiciones—.

Las texturas en tanto que primer gran factor del intermundo nos empiezan a dar un atisbo de respuesta a nuestra pregunta inicial (“¿por qué siempre es posible actuar de otra manera en la vida social?”). En la medida en que se reconoce que la cultura no es un conjunto homogéneo de significaciones, sino un milhojas de texturas heterogéneas constantemente a disposición del actor, la apertura cognitiva deja de ser un “misterio” (puesto que deja de ser necesario ubicar esta capacidad a nivel de la creatividad o de la libertad humana). Pero esto engendra inmediatamente otra pregunta: ¿cómo es posible que a pesar de estos desacuerdos virtuales tan grandes, la vida social presente tan importantes regularidades?

4) EL INTERMUNDO Y LAS COERCIONES SOCIALES

El intermundo no se limita a las texturas. A este primer elemento es siempre indispensable añadirle otro, las coerciones. Este punto es decisivo. A causa de que en los últimos años se han privilegiado en exceso los “discursos” (y no la acción) se ha asistido, sobre todo en la nebulosa posmoderna, a una suerte de disolución lingüística de lo social. Todo deviene lenguaje. Ahora bien, y por importante que sea el “lenguaje” (o sea, la cultura y los signos en la sociedad), *la realidad primera de la vida social —y por ende de la sociología— no es el lenguaje sino la acción*. Y la acción posee características particulares que impiden, esencialmente a causa de la



especificidad de sus coerciones, su total asociación con el orden del discurso (Martuccelli, 1995).

Las coerciones son un aspecto central de todo análisis sociológico, como la definición de los hechos sociales por Durkheim (1987) nos recuerda. Pero en el marco del problema del orden social, la mayor parte de los sociólogos, comenzando por el propio Durkheim, supusieron que las coerciones eran duraderas, inmediatas y regulares. En el fondo, y cualquiera que sea el tipo de coerción estudiado (rápidamente los sociólogos diferenciaron entre coerciones interiores, materiales, interactivas o simbólicas), se supuso que todas las coerciones en la vida social tenían un modo operatorio único. Un modo operatorio que, intuitivamente, fue representado como siendo de la misma índole que el que existe en nuestra relación con el mundo físico, o sea un ámbito dotado de coerciones constantes e insuperables. Para dar un ejemplo banal: si se camina contra una pared, tarde o temprano, e inevitablemente, uno termina por estrellarse contra ella... La manera como los sociólogos clásicos concibieron en última instancia las coerciones sociales, aunque parezca un tanto ingenuo enunciarlo de esta manera, fue de este tipo en el fondo.

El problema es que las coerciones no operan de esta manera en la vida social. Las coerciones operan de manera *irregular*, es decir, una coerción social opera en un ámbito y no en otro. Las coerciones tienen una lógica de acción —y es fundamental subrayarlo— variable en el tiempo, su acción es pues *intermitente* puesto que, incluso dentro de un mismo ámbito social, por momentos son activas y en otras más tenues o inoperativas. La toma en consideración de este modo de operar de las coerciones, invita a modificar, como haremos en la última sección de este artículo, nuestra representación topográfica de la vida social y a abandonar definitivamente toda referencia a la imagen de una pirámide posicional.

Antes de dar algunos ejemplos concretos, apoyémonos en un ejercicio mental interesante (Lawson, 1998). Se sabe que la capacidad represiva del Estado (el fa-



moso monopolio de la violencia legítima según Max Weber) depende, entre otras cosas, de la capacidad de recaudar impuestos suficientes como para mantener a un conjunto de actores abocados a esta tarea. Por lo general, y por suerte, estos mecanismos de control (o de represión) no son utilizados —su efecto disuasorio es lo suficientemente activo como para regular cierto número de acciones—. Pero este recurso coercitivo durmiente puede ser activado a todo momento. Sin embargo, esto supone, evidentemente, un cierto lapso. Pues bien, la mayor parte de las coerciones sociales son de este tipo. Esto es, no proceden de una reacción inmediata a un entorno, sino que pasan por una cadena temporal, en la cual intervienen varios actores y por ende varias lógicas de acción, lo que implica que las coerciones tengan en la vida social un modo operativo particularmente elástico y lábil. Brevemente: las coerciones pueden actuar, pueden no actuar o pueden actuar con intensidades variables. Pero en todos los casos suponen una temporalidad particular.

Cuarenta años de micro-sociología o, más recientemente, varios decenios de micro-historia italiana, nos obligan a aceptar una conclusión fundamental: cuando se observan de manera detenida las acciones individuales, lo que aparece es una enorme variedad de registros locales de acción (Gribaudi, 1995). En sí mismo, esto por supuesto no descarta el valor de los modelos macro-sociológicos, pero nos obliga a tener siempre en mente el hecho de que cuando el análisis se centra en las prácticas reales y efectivas de los actores, lo que se observa es una gran heterogeneidad de configuraciones. Repitémoslo: esto no quiere decir que no haya ningún encastre entre los niveles micro y macro, sino que la vida social posee un modo de articulación que no puede limitarse a suponer una articulación estrecha e inmediata entre los diferentes niveles. Las variaciones locales son siempre importantes.

O sea, los márgenes de acción, las iniciativas, tanto en el nivel macro-sociológico como micro-sociológico, son siempre grandes. Lo anterior es una consecuencia de una representación ontológica que hace del intermundo una realidad elástica —diferencialmente elástica— en todos los niveles de la vida social. Aquí



también la toma de distancia con respecto al problema del orden social es importante. En el marco de esta problemática por lo general se sobreentiende en efecto que es más “fácil” hacer cambios en un nivel micro-sociológico que en el nivel macrosociológico, ya que hacer cambios “estructurales” es muy difícil. El intermundo interpela críticamente esta conclusión puesto que en él las coerciones poseen un solo modo operatorio (irregular, intermitente, variable) tanto a nivel micro como macro — tanto “abajo” como “arriba”, para utilizar este familiar (y extraño...) lenguaje de la topografía social—. En efecto, muchas veces a nivel micro, el fatalismo de un actor puede ser tal que es más fácil producir cambios estructurales que transformaciones micro-sociológicas. Pero otras veces, y es algo que cada vez está mejor integrado por los discursos utópicos contemporáneos, existen márgenes de acción posibles a nivel local, susceptibles de producir cambios profundos, aquí y ahora, sin transformaciones “estructurales” macrosociales (Pessin, 2001). Iniciativas que son posibles gracias, justamente, a la elasticidad del intermundo.

Pero pensemos en otro ejemplo bien diferente. El orden social también ha sido explicado, en el marco por ejemplo de una sociología de inspiración marxista, por la presencia de un sistema de imposición ideológica ampliado por un sistema de coerciones sociales, que tendría su epicentro de dominación en la relación capital-trabajo (una representación que, con ciertas variantes, se encuentra igualmente presente en los estudios sobre la fábrica taylorista y los regímenes totalitarios del siglo XX). Ahora bien, en todos los casos, los sociólogos observaron (cuando pudieron observar...), que incluso en el “vientre de la ballena”, las prácticas sociales eran bien diferentes de lo que suponían los modelos teóricos y las representaciones dominantes, a saber, que el trabajo real jamás coincidió con el trabajo prescrito, y que en el inmenso vientre del régimen totalitario nadie creía a fin de cuentas en lo que el régimen imponía... Por supuesto, en los dos casos hubo un número importante de coerciones y de controles prácticos que impidieron ciertas formas de resistencia, pero en los dos casos, éstas existieron en medio de un intermundo ontológicamente lábil.



Si hemos traído a colación este último ejemplo, es porque en el ámbito de la dominación hemos asistido en los últimos decenios a un cambio importante tanto a nivel de las representaciones como de las prácticas. Vivimos una verdadera transformación en la imaginaria de la dominación. Tras los fracasos recurrentes de los modelos tayloristas (que están empero lejos, muy lejos, de desaparecer...) y de los regímenes totalitarios, se impone la idea de que es necesario renovar las bases del control social. Se transita así, progresivamente, del antiguo modelo de la racionalización global de las conductas a un modelo que propone un control basado en la reactividad en tiempo real (Martuccelli, 2001 y 2005). En el mundo de la industria se habla, por ejemplo, del “stock cero” o del “just-in-time”, es decir, de la capacidad de la empresa a adaptarse en tiempo real a las fluctuaciones del mercado (Womack, Jones, Ross, 1992). En el mundo de la seguridad pública, se impone la noción de “tolerancia cero”, es decir, la ilusión de un sistema represivo capaz de no dejar impune ninguna actividad ilegal (Roché, 2002) o incluso el tema de la “guerra preventiva”. En el caso de las prácticas escolares o de salud, se impone la idea que es imperioso detectar lo más rápidamente posible los primeros síntomas de “dificultad” de un individuo gracias a diagnósticos “pro-activos” (Otero, 2003)... Si muchas de estas fórmulas se limitan a enunciar una nueva imaginaria de la dominación, seamos empero sensibles a la transición operada. *El control exhaustivo de los gestos y de los espíritus cede paso, como imaginaria de la dominación, a la reactividad en tiempo real. El cambio no es anodino: se abandona la idea de un orden social apuntalado por coerciones regulares y duraderas, y se reconoce la necesidad de un modo de dominación capaz de adaptarse y responder, en tiempo real, a todos los desafíos engendrados en un intermundo ontológicamente elástico.*

5) ACCIÓN SOCIAL E INTERMUNDO

Analíticamente el intermundo se descompone pues en dos grandes elementos —las texturas y las coerciones— cuya combinación da cuenta de su especificidad



ontológica: porque existe un milhojas de texturas y porque las coerciones operan de un modo lábil es que siempre es posible, cualquiera que sea el tipo de control social que actúa, actuar y actuar de otra manera. Subrayémoslo: estas dos grandes características ontológicas de la vida social y la elasticidad a la que dan lugar han sido extraídas de la experiencia de la acción. Queda empero por comprender cómo, a partir de esta representación del intermundo, es posible estudiar la acción social.

Para comprenderlo es preciso introducir un razonamiento contraintuitivo. Cuando se piensa la vida social desde el problema del orden, la mayor parte de los sociólogos movilizan una concepción extremadamente darwiniana del mundo social. Se supone que la acción va a ser recompensada, sin ambigüedad y rápidamente, de manera, positiva o negativa, por el entorno. Y que en función de esta respuesta (positiva o negativa), es posible concluir que la acción está o no adaptada al mundo. En el fondo, en este punto particular, y alrededor de esta representación, el acuerdo es profundo entre los analistas y los actores sociales. En efecto, la casi totalidad (por no decir la totalidad) de las grandes representaciones sociológicas de la acción se apoyan en una visión de este tipo: ya sea la adecuación entre los medios y los fines (lo propio de la acción racional), la reflexividad constante del actor (como en la teoría de la estructuración) o las concepciones secuenciales (que suponen una adecuación o corrección, en tiempo real de la acción), la mayor parte de las teorías sociológicas de la acción suponen una adaptación, más o menos inmediata y estrecha, del actor al entorno.

Ahora bien, aquí también, si se opta por la tesis del intermundo, es preciso reconocer que las acciones no se desenvuelven de esta manera. La inscripción de toda acción en el mundo es siempre problemática pero de otra manera a como supone habitualmente la teoría social clásica. En términos simples, esta inscripción es *contingente* y *no incierta*. Esta distinción, es un logro fundamental de la teoría social. En contra de lo que a veces se afirma, no hay grandes incertidumbres en la vida social. A pesar de la existencia de un milhojas de texturas, vivimos en medio de prácticas



sociales codificadas y previsibles (como los roles sociales permiten circunscribir). Por el contrario, lo que es imponderable en la vida social es la contingencia, es decir, el hecho que en ella nada sea necesario. Decir por ende que la inscripción de la acción es contingente, implica que no existe ningún tipo de necesidad estructural que asegure su inscripción bajo una forma necesaria.

Cuando el actor actúa, opera a través de un mundo que está ya simbólicamente mediado, constituido por una multiplicidad de texturas, y en el cual, por ende, la distorsión forma parte fundamental de su vínculo con el mundo. Expliquémoslo claramente. En el marco de un realismo ingenuo, se supone que hay, por un lado, un mundo objetivo y, por el otro, una capa de signos, y que es el actor el que escoge, en función de los contextos, los signos que se adecuan al mundo. Si esa adecuación es correcta, la acción tendrá éxito; por el contrario, si la selección de signos es errada, la acción “chocará” contra un gran número de resistencias. En verdad, y puesto que el intermundo está constituido por un conjunto plural de texturas, el actor nunca entra en relación con el mundo objetivo a través de un sistema unívoco; al contrario, inscribe su acción en un intermundo dotado de un conjunto de múltiples mediaciones simbólicas, lo que permite comprender que la distorsión no es algo que llegue al final de un proceso, sino que es algo que existe siempre —al menos virtualmente— desde el comienzo. *Toda acción se define así por un desfase simbólico inaprensible; es una selección posible dentro de un intermundo elástico.* En la heurística y precisa expresión de Paul Ricoeur (1975), al comienzo no está lo literal, sino la metáfora. Esto es, porque vivimos en un mundo repleto de significaciones —texturas—, el desfase con el mundo es siempre posible (Martuccelli, 1995). Nuestras acciones obtienen sentido dentro de un universo sobre-abundante de significaciones.

Entonces ¿por qué a pesar de lo anterior la mayor parte de las acciones se adaptan al entorno? En verdad, como indicaré enseguida, no es necesario suponer que se adaptan: realmente, basta con reconocer que, a causa de la labilidad de las coerciones, los momentos de resistencia efectiva del entorno a nuestra conducta son





mucho menos frecuentes de lo que supone, al menos implícitamente, el modelo del orden social.

¿Cómo estudiar entonces la acción en el intermundo? A través de un dispositivo de investigación dual. Por un lado, es imprescindible comprender las intenciones del actor —y para ello, por ende, es necesario ubicarnos en el marco de una sociología comprensiva—. Por el otro lado, es imperioso dar cuenta de las trayectorias de inscripción efectivas de la acción en el intermundo. Este último punto ha sido en parte escamoteado por la sociología comprensiva que tiende, desde Weber, a clasificar las acciones esencialmente por el tipo de intencionalidad movilizada por el actor y ello tanto más que en el fondo siempre se supuso que la adaptación al entorno establecía una línea de demarcación suficientemente fuerte como para eliminar las conductas problemáticas. El intermundo, y la elasticidad que lo constituye, invitan a estudiar conjuntamente las dos caras de toda acción.

En todo caso, en una representación de este tipo, es necesario desembarazarse de la idea que es la adaptación al entorno el parámetro último desde el cual es posible explicar el éxito o el fracaso de las acciones. La insuficiencia radical del pragmatismo consiste en suponer que cuando el actor comete un error, la corrección del entorno será inmediata y sin apelación posible. Por el contrario, y como hasta la saciedad tantos estudios empíricos han mostrado, *el actor puede cometer errores cognitivos o prácticos sin que durante un lapso más o menos largo ello engendre una resistencia o una corrección desde el entorno*. Piénsese, para dar una ilustración banal, en las empresas líderes de un sector. No son necesariamente aquellas que son las más “reactivas” a las fluctuaciones del mercado (que es más bien la experiencia de pequeñas empresas obligadas en efecto a adaptarse continuamente al entorno), sino aquellas cuya talla protege relativamente de los cambios, permitiéndoles muchas veces disfrutar en medio de fuertes inercias de una débil reactividad, las que aparecen como las mejor adaptadas. Brevemente, lo que a veces se llama el “retorno de realidad”, digamos de manera más simple, los choques de la acción con



la realidad se convierte en un problema cardinal en el ámbito de una teoría de las consistencias del intermundo.

6) EL CHOQUE CON LA REALIDAD

La realidad es lo que resiste. Desde este punto de vista, y en contra de lo que afirman ciertas tesis del constructivismo radical, el intermundo es una tesis ontológica realista. El mundo es transitivo y existe independientemente de nuestras representaciones, construcciones o percepciones. La realidad es en última instancia, repitámoslo, lo que resiste. Pero, en función de los períodos históricos, de los tipos sociales y de las interpretaciones es posible constatar una variación en el ámbito de realidad del que se *considera* que debe resistir con más fuerza y con mayor celeridad a nuestras acciones.

En este punto, y en buena lógica, sería necesario distinguir entre la “realidad” y lo “real”. Si dejamos de lado problemas ligados al uso invertido de los términos (lo que es denominado como “real” por cierta tradición estructuralista o lacaniana tiende a ser nombrado como la “realidad” en algunos estudios de la tradición pragmática), el problema principal *para la sociología* no es cuestionar qué es lo real (lo imposible, lo que cuestiona justamente un mundo social establecido) sino *interesarse por las maneras históricas por las cuales una sociedad piensa e instituye sus límites —en medio de un universo irreductiblemente elástico—*.

Durante mucho tiempo, y entendido en este sentido (por extraño que ello pueda hoy parecer), fue la religión lo que mejor definió el elemento por excelencia de la realidad (esto es, el factor —la voluntad divina— que se *suponía* oponía la más fuerte resistencia a los designios humanos). Luego vino el turno del ámbito político y de las jerarquías sociales, cuya naturalización *suponía* su insuperabilidad. Hoy por hoy, y en el marco de sociedades capitalistas, por lo general se *supone* que el ámbito que mejor define la realidad —lo más “duro”, lo que mejor “limita” nuestra acción—



es el ámbito económico (y tal vez asistimos en este momento al traspaso de esta función hacia la ecología). Esto es, se sobreentiende que en estos ámbitos la acción encontrará, *rápidamente*, un límite —un choque con la realidad—.

En este punto, son absolutamente necesarios nuevos y más precisos estudios empíricos. Dentro de los límites de este artículo, limitémonos a una sola ilustración. Pensemos en las llamadas burbujas financieras. En la prensa económica especializada, la existencia de estas “burbujas” es inseparable de la convicción de que la burbuja va, tarde o temprano, a explotar —“inevitablemente” se añade, sin que sea empero posible determinar cuándo—. Sin embargo, la elasticidad de estos fenómenos, más aún en la medida que tienden a convertirse en crónicos, o por lo menos en cíclicos, es increíble. Por supuesto, esto no invalida ni que ciertas burbujas especulativas estallen (como ocurrió a comienzos del año 2000 o con la crisis de las *sub-primes* en el 2008), ni que sea posible explicar por qué otras burbujas, por el contrario no estallan nunca o se “desinflan” progresivamente (Krugman, 2009). Lo importante es comprender cómo incluso en medio del ámbito, el económico, considerado como el que define lo real de lo real en los tiempos actuales, es posible observar en acción la elasticidad del choque con la realidad. Y que en la explicación de estos diferenciales de retorno de realidad un peso importante no pase necesariamente por las coerciones estructurales, sino por las representaciones cruzadas e imitativas que los diferentes actores del mercado se hacen unos de otros (Orléan, 1999; Castells, 2002: 141).

Por supuesto, no se trata de cuestionar la existencia efectiva de los choques con la realidad. —postulado inicial del realismo fundamental propio a la tesis del intermundo—. Por lo demás, si anulamos radicalmente el rol del choque de la realidad en nuestra percepción de la vida social, simplemente ingresamos en un mundo social que se encuentra desprovisto de cualquier forma de resistencia. *De lo que se trata es de cuestionar, en todos lados, la imagería históricamente variable del carácter inmediato de estos choques con la realidad. Vivimos en paréntesis de elas-*



tividad, y los momentos en los cuales *prácticamente* los choques con la realidad se producen son relativamente escasos en nuestras vidas, lo cual no impide que sea *cognitivamente* la suposición de existencia de estos choques lo que dicta nuestro sentido liminar de la realidad. En resumen: los individuos actúan constantemente en medio de múltiples texturas, a través de coerciones lábiles y en el seno de un intermundo que no cesa de complejizar los momentos de choque con la realidad (sin que ello impida, incluso al contrario, que los actores operen en la vida social suponiendo que el choque de sus acciones con la realidad es inmediato y evidente).

Lo anterior nos obliga pues a reconocer que vivimos en un mundo social donde si los límites son porosos, no por ello los límites dejan de existir. En este sentido las recientes metáforas alrededor de la modernidad líquida o de los flujos, son imágenes incontroladas y desafortunadas (Bauman, 2000). No hemos pasado de un mundo sólido a un mundo líquido. Este tipo de cambio que sería de naturaleza histórico (puesto que asociado con el tránsito de la sociedad industrial a la sociedad informacional) escamotea simplemente la realidad ontológica de la vida social. Lo que existe —y desde siempre— es un universo social elástico. Por supuesto, la dinámica entre las texturas y las coerciones puede hacer que en ciertos períodos históricos el diferencial de consistencias sea mayor o menor, pero esto debe comprenderse en el seno de una visión ontológica común. *La vida social no son islotes de orden en medio de un mundo caótico; es un continuum de diferenciales de consistencia en un intermundo globalmente elástico.*

7) COMPLEJIZAR LAS TOPOGRAFÍAS SOCIALES

Esta conceptualización del intermundo invita a complejizar las representaciones sobre las posiciones sociales. En efecto, la difusión de los fenómenos sociales, en el marco de los diferenciales de consistencia, se convierte en uno de los grandes temas de investigación empírica. Cualquiera que sea el modelo de explicación so-





ciológico movilizado, es necesario autonomizar el problema de la difusión de los fenómenos sociales.

Aquí también estamos frente a una temática que el problema del orden social impidió circunscribir en todas sus dimensiones al imponer la idea de una fuerte correspondencia entre los niveles sociales o una estricta causalidad entre las acciones. Por el contrario, cuando el intermundo y su diferencial de consistencias se convierte en el humus de la sociología, es absolutamente necesario especificar cómo y de qué manera se difractan los fenómenos sociales. Un universo de este tipo exige en todo caso repensar muchas de nuestras visiones topográficas y darles, en un mundo donde la interdependencia social no cesa de aumentar, paradójicamente un mayor espacio a los individuos. En efecto, dado el mayor reconocimiento de la elasticidad inaprensible del intermundo, los márgenes de acción de los actores —individuales y colectivos, pero sobre todo individuales—, no han cesado de aumentar. De ahí, la proliferación de estrategias sociales que buscan respuestas individuales a problemas sistémicos (Beck, 1998). De ahí la multiplicación de estrategias puestas en práctica por los distintos actores sociales —individuales o colectivos— para abastecerse de amortiguadores sociales que les permitan protegerse de ciertos riesgos (y gracias a los cuales logran que la “factura” del cambio social recaiga sobre otros actores) (Martuccelli, 2001 y 2006).

La toma en consideración de las grandes características del intermundo invita pues a complejizar el estudio de las posiciones sociales. Por supuesto, afirmar que no todos los actores están igualmente expuestos a los fenómenos sociales es una afirmación evidente a los ojos de cualquier sociólogo. Sin embargo, esta verdad primera se restringió, en la práctica, a un conjunto estanco de grandes posiciones, por lo general descritas en términos de clases sociales. *Hoy por hoy, es indispensable dar cuenta con mayor precisión de los lugares, en verdad de los entornos efectivos de acción.* No todos los actores sociales están, por ejemplo, igualmente expuestos a los riesgos de la globalización, lo que implica un amplio juego de declinaciones posi-





bles, ya sea en función de la sociedad en la que viven (las sociedades del Sur o del Norte), del género (los diferenciales entre hombres o mujeres), de la posición social (en los sectores populares o en las capas medias o altas), y dentro de una misma posición social (diferencias en función de los sectores de actividad laboral, por ejemplo según sea asalariado o trabajador independiente, según el tipo de contrato de trabajo...), etc.

Los diferenciales de difusión son la razón principal por la cual frente a la globalización, para seguir con esta ilustración, no son admisibles ni la tesis de los escépticos ni la tesis de los hipermundialistas (Held *et al.*, 1999). Sí, existen tendencias hacia una economía global, pero éstas son indisociables, como tantos estudios empíricos muestran, del mantenimiento de una serie de elementos propiamente nacionales e incluso regionales (Daher, 2004). Todo no es global (y, sin duda, no lo será en un futuro próximo), nada es ya solamente local. Pero lo fundamental es que todos los ámbitos de la vida social no tienen una dinámica semejante; según los sectores de actividad o los grupos estudiados, hay que observar, empíricamente, los “grados” de lo global o local. El gran problema es entonces mostrar la imbricación *in situ* de los procesos globales y su articulación local (Giddens, 1994; Beck, 2000).

En adelante, salvo verdaderamente para algunas posiciones extremas, en las cuales la programación de las etapas de la vida es siempre de rigor, la mayor parte de las trayectorias tienden a individualizarse en medio de un intermundo elástico. Reteniendo la disimilitud de posiciones, debe reconocerse que existe, detrás de su aparente similitud estructural, una gran diversidad de situaciones y contextos reales que durante mucho tiempo, una visión piramidal del orden social ha impedido observar. Por supuesto siempre es necesario considerar la existencia de grandes factores estructurales que ordenan lo esencial de la distribución de oportunidades y recursos. Pero no explican, sino de manera a lo sumo indicativa, los estados reales ni las múltiples variaciones a través de las cuales se desarrollan efectivamente las vidas personales. Los actores desempeñan sus vidas en una multitud de contextos que no



se pueden inferir a partir de una simple lógica “descendente” desde la sociedad y la historia.

La toma en consideración del juego de consistencias sociales y de las múltiples maneras en que se difractan las coerciones en la sociedad, implica una reorientación de fondo en nuestra aprehensión de la realidad social. Deducir directamente consecuencias microsociológicas de una visión macrosociológica aparece más que nunca como un error. La lógica descendente no permite comprender cómo un actor individual experimenta un cambio macrosociológico. En este punto, y tras la puesta en cuestión del problema del orden social, es indispensable insistir, como lo hacen ciertos autores, en el hecho de que no existe más un vínculo estrecho y unidireccional entre los diferentes niveles sociales (Latour, 2006; Urry, 2003). Si algunas situaciones se articulan más o menos directamente con acontecimientos globales lejanos, otras, a pesar de su gran interdependencia global, mantienen márgenes de manobra, no despreciables.

¿Cómo delimitar concretamente los emplazamientos sociales en el intermundo? Proponiendo una conceptualización más contingente del posicionamiento de los actores (Martuccelli, 2006 y 2007). Para ello es preciso razonar a través de dos peñaños. Por un lado, distinguir entre grandes *posiciones estructurales* que se consolidan en la intersección entre las relaciones de mercado y las políticas públicas. Ninguna novedad en este punto: es una lectura de este tipo la que, con importantes variantes y denominaciones, tiende a imponerse actualmente a la hora de describir la estructura de plazas en la sociedad actual. Sin embargo, limitarse *exclusivamente* a este primer nivel, y a la idea de pirámide que lo anima, conduce a un conjunto de atolladeros. La multiplicación de posiciones intermedias hace cada vez más difícil saber quien está verdaderamente “arriba” o “abajo”. Los posicionamientos híbridos se incrementan y los actores pueden conocer de manera simultánea y contradictoria moviéndose “ascendentes” o “descendentes” en diversos ámbitos sociales. En muchas situaciones, por ejemplo, ya no hay una frontera clara entre los asalariados co-



locados definitivamente del “buen” o del “mal” lado, a tal punto las fronteras entre el núcleo y la periferia del empleo (incluso en el seno de una misma empresa) son movilizadas y fluidas, y las condiciones de paso del uno a la otra (de la protección a la vulnerabilidad) están en permanente redefinición (Durand, 2004).

No obstante, el problema no es “complejizar” la jerarquía posicional. El análisis debe distinguir *siempre* un número limitado de posiciones estructurales, a partir de algunos ejes, desde los cuales se establece la distribución desigual de los principales recursos activos en una sociedad. Sin embargo, lo anterior no debe hacernos descuidar la iniciativa que queda en manos de los actores a causa de la elasticidad inaprensible del intermundo. Dicho de otra manera, el análisis necesita postular por un lado la existencia de algunos grandes emplazamientos objetivamente definidos (especialmente, en el cruce del mercado y las intervenciones públicas) y por el otro, insistir en la tensión permanente que esta ubicación tiene con otros factores. Junto con reconocer su importancia, hay pues que mirar este nivel sólo como un instrumento provisorio de trabajo, al que es necesario agregar otro nivel.

A falta de una mejor denominación, hemos llamado a este segundo peldaño —los *estados sociales*—. Estos no se pueden superponer a un análisis piramidal de la estructura social porque se deslizan, de manera transversal, entre las diversas posiciones estructurales. Para delimitarlos, no basta con complejizar los sistemas de relaciones sociales o sumar los atributos de los actores (clase, edad, sexo, etnia). Es necesario aprender a construirlos a partir de análisis empíricos tratando de comprender, lo más cerca posible de las experiencias individuales reales, las maneras cómo los actores logran o no forjarse espacios sociales protegidos.

Todo depende entonces de lo que se busca. Siempre es posible colocar en un extremo a todos los que disfrutan de buenas conexiones (en términos de empleo, ganancias, protecciones institucionales) y que mantienen, sobre todo, un control activo de su situación, tanto desde un punto de vista económico como político. En el



otro extremo, también es posible identificar aquellos que se definen por conexiones “malas” (ingresos escasos), “raras” (pobre densidad relacional), “perversas” (ligadas a actividades informales o ilegales) y, sobre todo, que no poseen un control activo sobre ellas (puesto que son ampliamente dependientes de decisiones en las cuales solo tienen débil incidencia política). A un alto nivel de generalidad, sería posible encontrar, en apariencia sin gran dificultad, un lazo jerárquico poco problematizado entre las diferentes posiciones.

Sin embargo, un análisis más detallado corrige de inmediato esta primera lectura. Excepto para una minoría duradera y globalmente protegida, la mayor parte de los individuos —en la mayor parte de las sociedades— siente que su posición ya no es impermeable al cambio ni al deterioro social. El intermundo permite así comprender, desde nuevas bases, la expansión de la vulnerabilidad en las sociedades actuales. En ellas, aparecen nuevas prácticas que revelan la creciente capacidad diferencial de los actores para afrontar y anticipar ciertos riesgos sociales. Más aún si frente al tamaño de los desafíos de la globalización, lo importante no es muchas veces intervenir directamente sobre los acontecimientos, sino aprender a protegerse de las conmociones del mundo. Más que a un juego de suma cero, nos vemos confrontados a efectos en cascada, de parte de actores sociales que se protegen y exponen en forma diferente. Las diferencias entre actores provienen de competencias cognitivas distintas (entre los que son susceptibles o no a de anticipar los riesgos), de la diversidad de recursos prácticos de que disponen, del control por lo menos indirecto que tienen sobre esos procesos al fabricarse refugios (“nichos”, “diques” o “escudos”), pero también de la calidad de los soportes de que dispone un individuo (Martuccelli, 2001 y 2006).

Los estados sociales, transversales a las posiciones estructurales, no modifican pues la ubicación social estructural de un individuo, pero describen, más finamente, las verdaderas posiciones sociales de los actores. El objetivo de un estudio de este tipo es así llegar a describir de manera concreta y casi singular el efecto de





las estructuras sobre las acciones individuales a través de una pluralidad de formas de difracción. A veces, evidentemente, nada impide la superposición entre una posición estructural y un estado social. Pero, en muchos otros casos, los estados sociales deben ser definidos de manera transversal a la mayor parte de las posiciones estructurales. Sólo así se logrará dar cuenta, fehacientemente, de las ecologías sociales personalizadas en el intermundo.



Dentro de los límites de este artículo nos hemos esforzado en desarrollar un encadenamiento de razonamientos. En primer lugar, mostrar hasta qué punto la reducción de la teoría social al mero problema del orden social ha ocluido la vía hacia otros cuestionamientos primordiales —y por ende todo el interés en introducir nuevas preguntas fundamentales en su desarrollo—. En segundo lugar, hemos intentado esbozar, aunque sea rápidamente, los grandes lineamientos de una conceptualización particular del intermundo que, partiendo desde consideraciones prácticas, nos invita a colocar temas ontológicos en el seno de la reflexión sociológica. En fin, y por último, y en contra de ciertas tendencias que tienden a encerrar la teoría social en sí misma, nos hemos esforzado en mostrar cómo desde un trabajo de este tipo es posible renovar, en discusión con la historia, los problemas que la sociología debe hoy plantearse.

8) BIBLIOGRAFÍA

Archer, M. et al. (eds.), 1998, *Critical Realism. Essential Readings*, Londres, Routledge.

Ascher, F., 2000, *Ces événements nous dépassent, feignons d'en être les organisateurs*, La Tour d'Aigues, Editions de l'Aube.

Bauman, Z., 2000, *Liquid modernity*, Cambridge, Polity Press.

Beck, U., 1998, *La sociedad del riesgo* [1986], Barcelona, Paidós.

Beck, U., 2000, *What is Globalization* [1997], Oxford, Blackwell.

Bell, D., 1982, *Las contradicciones culturales del capitalismo* [1976], Madrid, Alianza.





- Bhaskar, R., 1978, *A Realist Theory of Science*, Harvester, Hemel Hempstead.
- Bourdieu, P., 1997, *Méditations pascaliennes*, París, Seuil.
- Castells, M., 2002, *La galaxie internet*, París, Fayard.
- Castoriadis, C., 1974, *L'institution imaginaire de la société*, París, Seuil.
- Daher, A., 2004, "Riesgo-país versus riesgo-región: Santiago en el Mercosur", in Carlos de Mattos y al. (eds.), *Santiago en la globalización: ¿una nueva ciudad?*, Santiago de Chile, Ediciones Sur-Eure Libros, pp. 85-113.
- Durand, J.-P., 2004, *La chaîne invisible*, París, Seuil.
- Durkheim, E., 1987, *Les règles de la méthode sociologique* [1895], París, P.U.F.
- Durkheim, E., 1995, *Le suicide* [1897], París, P.U.F.
- Elias, N., 1991, *Qu'est-ce que la sociologie?* [1970], París, La Tour d'Aigues, Editions de l'Aube.
- Giddens, A., 1987, *La constitution de la société* [1984], París, P.U.F.
- Giddens, A., 1994, *Les conséquences de la modernité* [1990], París, L'Harmattan.
- Gribaudo, M., 1995, "Les discontinuités du social. Un modèle configurationnel", in Le-petit, B. (éd.), *Les formes de l'expérience*, París, Albin Michel.
- Held, D. et al., 1999, *Global Transformations*, Cambridge, Polity Press.
- Joas, H., 1999, *La créativité de l'agir* [1992], París, Cerf.
- Krugman, P., 2009, *Pourquoi les crises reviennent toujours*, París, Seuil.
- Latour, B., 2006, *Changer de société, refaire de la sociologie*, París, La Découverte.
- Lawson, T., 1998, "Economic Science without Experimentation?" in Archer, M. et al. (eds.), 1998, *Critical Realism. Essential Readings*, Londres, Routledge.
- March, J. G., Olsen J.P., 1989, *Rediscovering Institutions*, Nueva York, The Free Press.
- Martuccelli, D., 2007, *Cambio de rumbo*, Santiago de Chile, LOM Ediciones.
- Martuccelli, D., 1995, *Décalages*, París, P.U.F.
- Martuccelli, D., 1999, *Sociologies de la modernité*, París, Gallimard.
- Martuccelli, D., 2001, *Dominations ordinaires*, París, Balland.
- Martuccelli, D., 2005, *La consistance du social*, Rennes, P.U.R.
- Martuccelli, D., 2006, *Forgé par l'épreuve*, París, Armand Colin.
- Orlean, A., 1999, *Le pouvoir de la finance*, París, Odile Jacob.
- Otero, M., 2003, *Les règles de l'individualité contemporaine*, Québec, Les Presses de L'Université de Laval.



Parsons, T., 1949, *The Structure of Social Action* [1937], Glencoe, Illinois, The Free Press.

Parsons, T., 1951, *The Social System*, Glencoe, Illinois, The Free Press.

Pessin, A., 2001, *L'imaginaire utopique aujourd'hui*, París, P.U.F.

Ricœur, P., 1975, *La métaphore vive*, París, Seuil.

Roché, S., 2002, *Tolérance zéro?*, París, Odile Jacob.

Sartre, J.-P., 1943, *L'être et le néant*, París, Gallimard.

Touraine, A., 1973, *Production de la société*, París, Seuil.

Urry, J., 2003, *Global Complexities*, Cambridge, Polity Press.

Womack, J.P., Jones D.T., Ross D., 1992, *Le système qui va changer le monde* [1990], París, Dunod.

Protocolo para citar este texto: Martuccelli, D., 2009, "La teoría social y la renovación de las preguntas sociológicas", en *Papeles del CEIC*, nº 51, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/51.pdf>

Fecha de recepción del texto: septiembre de 2009

Fecha de evaluación del texto: septiembre 2009

Fecha de publicación del texto: septiembre de 2009

